RAZONES DEL MESTIZAJE FOLKLORICO COLOMBIANO

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

El folklore es la huella viva de la historia en el alma de los pueblos. Por eso, al hablar del folklore hispanoamericano en cualquiera de sus modalidades o regiones, surge el mestizaje como aporte de las razas que se fundieron en el gran escenario de América. Sin embargo, las peculiaridades en las que les tocó actuar uno u otro aporte racial, determina, quizá, una mayor preponderancia en el folklore regional. Podría decirse de una acentuación del elemento indio en los países donde la cultura indígena había alcanzado alto desarrollo —Perú, Bolivia, Guatemala, México—; hispánica, allí donde el español se convirtió en el núcleo civilizador preponderante —Argentina, Chile, Uruguay— y africana, en los lugares en que el hacinamiento de esclavos permitió a éstos reconstruir los elementos esenciales de su cultura primitiva. No obstante, como las culturas aludidas se transfundieron en mayor o menor grado en todas partes, el mestizaje surge como un elemento aglutinante que perfila las nacionalidades hispanoamericanas.

Las circunstancias históricas, geográficas y raciales en Colombia, prohijaron más que en cualquier otro país, la síntesis unitaria de las culturas. Su situación ístmica determinó, desde mucho antes del Descubrimiento, el enlace entre los pueblos precolombinos. Misteriosas esculturas como los santuarios de San Agustín, en los que hay evidentes raíces mayas, incaicas y mexicanas, hablan de un entrecruzamiento de culturas aborígenes. Fue también el Istmo la ruta obligada de los conquistadores para alcanzar las costas del Pacífico y base para el internamiento en el macizo andino. Finalmente, en el período de la colonización, sus costas fueron asidero obligado de las migraciones de esclavos hacia todo el continente. Aparte de esta circunstancia ístmica, está su propia configuración topográfica, que la divide en costas, valles y mesetas por las estribaciones de la gran cordillera andina, oponiendo barreras naturales y casi insalvables, que solo pudieron ser vencidas por la unión de sus componentes raciales a través de las únicas vías de acceso: los ríos.

Surgen así las determinantes de nuestro mestizaje folklórico. El indio disperso en pequeñas comunidades, nómades en las costas, poco evolucionado en las mesetas, no ofrece mayor resistencia a la asimilación española. El negro no se hacina en grandes plantaciones de azúcar como en Cuba, ni en la explotación de riquísimos yacimientos mineros como en el Brasil, por lo que no alcanza a reconstruír las formas culturales africanas, tal el caso en los países mencionados, donde las religiones, las lenguas y otros

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

elementos culturales africanos se reintegran para conservarse puros o para mezclarse a lo hispánico y a lo aborígen. El español encuentra una arcilla dúctil para su labor civilizadora, toma del indio su aporte esquivo y del negro la entrega sin reticencia, perfilando el mestizaje con el sustento básico de su lengua, sus vestidos, sus instrumntos y su religión.

El folklore Andino

El altiplano, por su clima, fue el natural solar escogido por el español. Las grandes ciudades coloniales nacen en los encrespados Andes, pese a las dificultades de transporte para llegar hasta ellos. Santa Fé de Bogotá, Tunja, Medellín y otras villas se convierten en nuevas ciudades hispanas. Su estructura, su mampostería, su espíritu siguen los trazos peninsulares. El idioma se ascendra, la fe se extrema y como es natural, se reviven los cantos, los bailes y las coplas en las festividades. El indio mira, imita y aporta la melancolía de la raza. A su paso por las costas y los ríos donde mora el negro, el colonizador o el mestizo, lleva al interior algo de la vida abierta que poco a poco se ha ido conquistando el esclavo. La resultante son los bailes mestizos del altiplano donde el español acentúa su preponderancia: la guitarra, el tiple, el piano y los instrumentos de viento. El bambuco, la guabina, el pasillo, la danza, la contradanza, los dos primeros vivos, los otros en desuso, hablan de la ascendencia española. Sus compases, sus vestidos, su coreografía, guardan idéntica similitud con los bailes hispanoamericanos donde la ascendencia española es determinante. Tienen también parentesco con aires de acento indígena en los Andes del Perú y Bolivia, porque el indígena colombiano, como hemos dicho, si no alcanzó una cultura superior, fue en el altiplano donde conoció etapas sociales de mayor madurez con la civilización chibcha. Y las huellas negras no son difíciles de encontrar, ya que son ampliamente conocidas las raíces del bambuco, todavía bailado y difundido entre los negros de la costa del Pacífico colombiano.

El folklore costeño

Aun cuando no hubo en Colombia grandes plantaciones de la caña, ni minas tan valiosas como las del Perú, en cambio hubo otras razones para que el elemento africano acudiera a nuestras costas. En la costa Atlántica, Cartagena de Indias, puerta de salida de las riquezas de la Nueva Granada, y no pocas del Perú, situada frente al mar Caribe, centro de bucaneros y piratas, fue la primera ciudad fortificada del Nuevo Reino. La construcción de sus murallas constituyó un incentivo para el mercado de esclavos y para que pueda apreciarse en qué cantidad llegaron allí, basta decir que solo el apóstol de los esclavos, el más tarde canonizado San Pedro Claver, logró bautizar medio millón de ellos.

Aunque estos negros procedían de diferentes regiones africanas y por tanto les era imposible reconstruír sus culturas de origen, pues hablaban lenguas, y tenían creencias disímiles, siempre alcanzaron a influír en el mestizaje folklórico con elementos aislados de una u otra región africana, como lo demuestran hoy día tambores, flautas, maracas y otros instrumentos de diferentes procedencias. La convivencia entre negros y vasallos indígenas, permitió rápidamente que se intercambiaran hábitos hasta el grado

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

de ser común que instrumentos indígenas como las chirimías (gaitas) sean elaboradas y ejecutadas en nuestros días por mulatos o negros. La actitud siempre desprejuiciada del español ante las razas, su presencia como elemento civilizador, no pudo permanecer al margen de las formaciones folklóricas que nacían y hoy podemos afirmar, que aunque hay una línea acentuada del aporte negro, el mestizaje, igual que en el altiplano, es la norma en las costas colombianas.

La cumbia, el mapalé, el bullerengue, el currulao, la danza, la contradanza, la jota y los romances, alabados y décimas, tan populares en ambos litorales, bailes, cantos y expresiones poéticas, demuestran por sus solos nombres que allí más que en el mismo altiplano, las culturas indígenas, hispánica y negra encontraron en el folklore su marco racial de expresión.

Nos preguntamos, si acaso, este hermoso crisol de sentimientos que constituye el alma del pueblo colombiano, no sea el emblema representativo ya no solo de la hispanoamericanidad, sino de la actitud comprensiva de pueblos unidos por una humanidad fraterna.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.